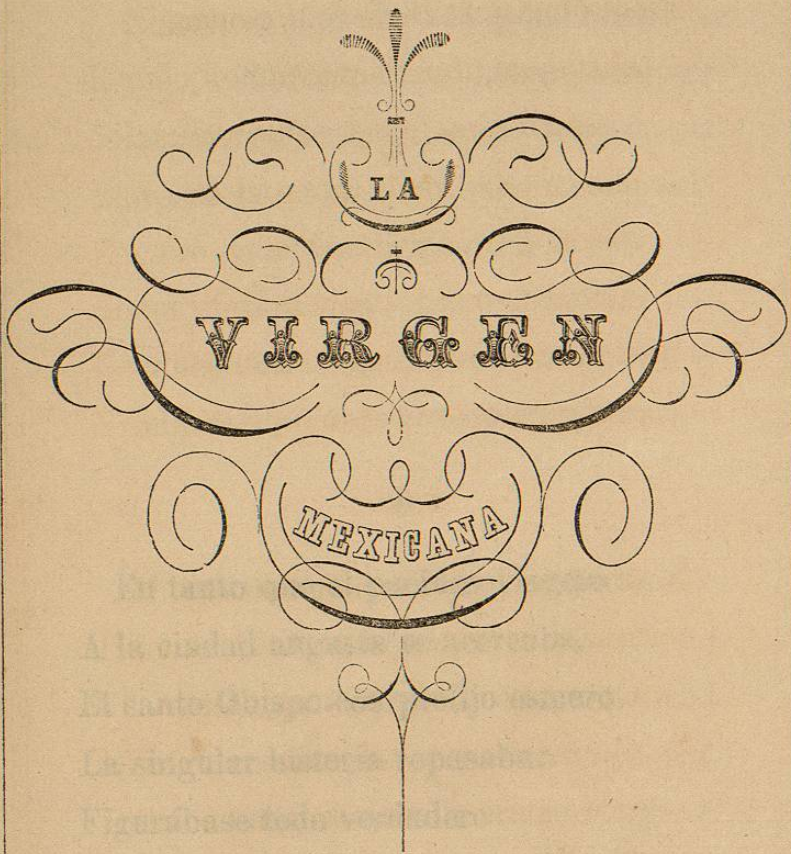


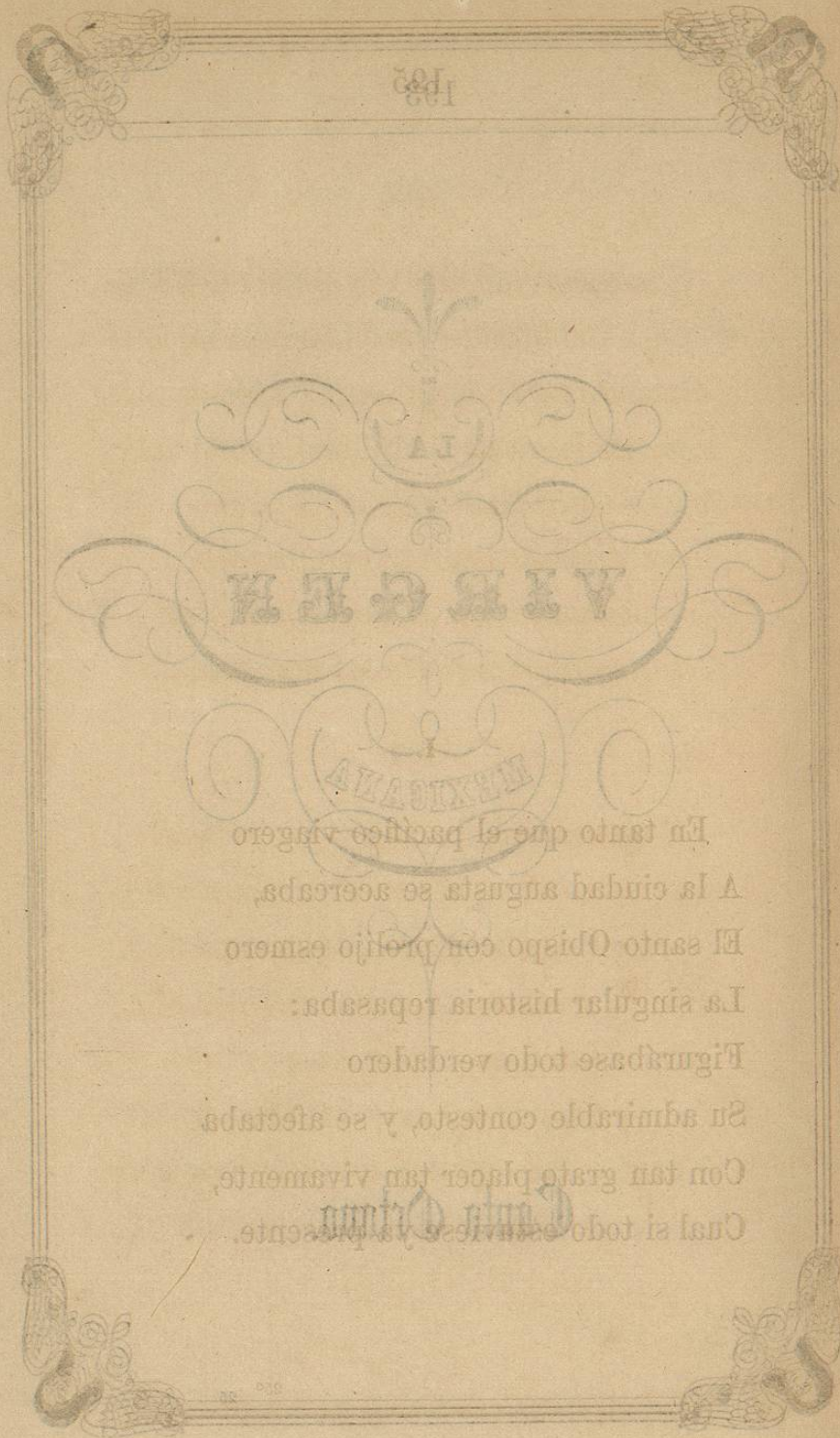
Ni como aquel conduce grandes cosas
 Regalo de una espléndida empujada:
 Solamente unas liras, unas
 Lira en la mancha y dichosa
 Euforo en sus senos y armonías
 En su quinta voz y bien variada
 Conduce una hermosa canción
 Y nunció el hombre conochir guitero



Mas tú, doncella, divinal cantora,
 Hija del Cielo, que mi pecho lastimas;
 Tú que en mi labio de tu voz sonoras
 El néctar suave, la virtud derramas,
 Déjame un poco descansar ahora
 Ya que al final de mi canción me llamas;
 Para después de tu armonioso acento
 Los tonos dulcemente de nuevo aliento.

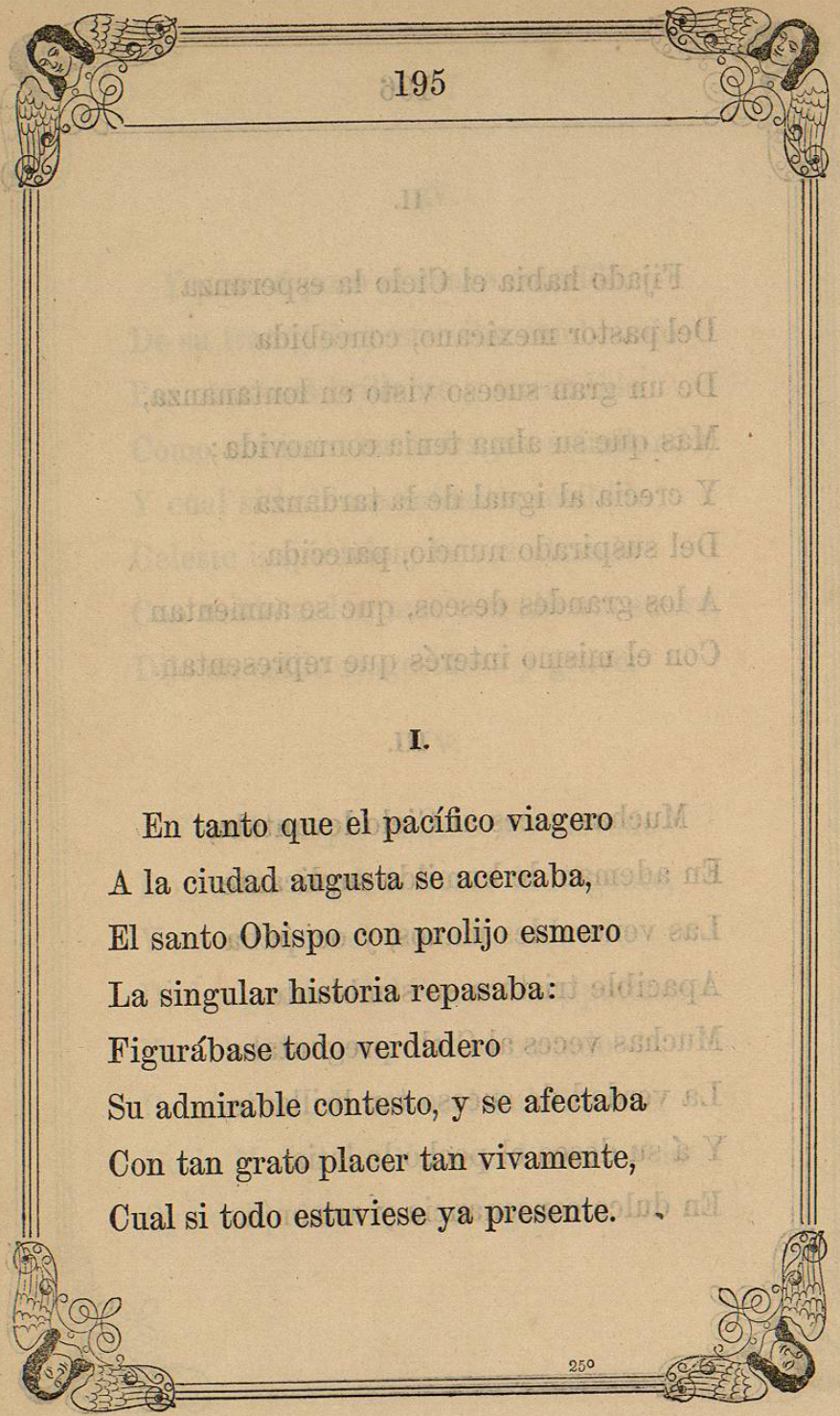


Canta Octava.



VERGEN

En tanto que el pacífico viagero
A la ciudad augusta se acercaba,
El santo Obispo con prolijo esmero
La singular historia repasaba:
Figurábase todo verdadero
Su admirable contesto, y se afectaba
Con tan grato placer tan vivamente,
Cual si todo estuviese ya presente.



Fijado habia el Cielo la esperanza
Del pastor mexicano concebida
De un gran suceso visto en tonianzas,
Mas que en una tenia comida
Y creia el igual de la tardanza
Del suspirado triunfo parceda
A los grandes deseos que se aumentan
Con el mismo interés que representan

I.

En tanto que el pacífico viagero
A la ciudad augusta se acercaba,
El santo Obispo con prolijo esmero
La singular historia repasaba:
Figurábase todo verdadero
Su admirable contesto, y se afectaba
Con tan grato placer tan vivamente,
Cual si todo estuviese ya presente.

II.

Fijado habia el Cielo la esperanza
 Del pastor mexicano, concebida
 De un gran suceso visto en lontananza,
 Mas que su alma tenia conmovida;
 Y crecia al igual de la tardanza
 Del suspirado nuncio, parecida
 A los grandes deseos, que se aumentan
 Con el mismo interés que representan.

III.

Muchas veces al Cielo levantaba
 En ademan de humilde suplicante
 Las venerables manos, y ocupaba
 Apacible tristura su semblante:
 Muchas veces al Cielo preguntaba
 La verdad de suceso tan brillante,
 Y á su deseo el pecho le latia
 En dulce consonancia y armonía.

IV.

Y poco á poco el suave colorido
 De su tranquilo rostro iba cambiando
 Por otro mas brillante y encendido,
 Como el hierro en la fragua asimilando;
 Y cual si hubiese entonces recibido
 Celeste inspiracion, la voz alzando
 Con noble ardor, mas con aliento suave,
 Dijo en estilo magestuoso y grave:

V.

Veo el templo marmórico elevado
 Do habita la piedad mas indulgente,
 Y se encierra el depósito sagrado
 De las gracias del Santo Omnipotente:
 Veo el sòlio eternal todo bañado
 De otra luz, de otro sol indeficiente,
 Do la Madre de Dios con blando oido
 Oye del pobre el mísero gemido.

VI.

Y derrama en su seno la ambrosía,
 Y cura sus dolencias bondadosa,
 Levanta al caído, acorre dulce y pia
 Al que oprime la suerte desdeñosa;
 Vierte á su vez de gozo y alegría
 Y de salud la fuente caudalosa,
 Ahuyenta y desaparece los temores
 De los que son sus fieles servidores.

VII.

Caminos que guiais á su morada,
 Nunca estais solitarios y desiertos,
 Nunca, ¡jamás! La vírgen desolada,
 Y jóvenes, y ancianos casi yertos
 La pobre viuda, la infeliz casada. . . .
 De toda gente siempre estais cubiertos,
 Y solo sois, caminos, ignorados
 De los que el mundo llama afortunados.

VIII.

Con el tiempo apacible el nebuloso
 Marcha en su curso indómito alternando,
 Y el que ayer se llamaba venturoso,
 Ora se vé de uno á otro mal rodando:
 No es el hombre á eximirse poderoso
 De las plagas que siempre está llorando,
 Si por desgracia olvida el buen camino
 Que va á la fuente del poder divino.

IX.

Tristes dias vendrán, tiempos fatales
 De tempestuosas nubes cabalgados,
 Mas del sagrado templo á los umbrales
 No llegarán los hórridos nublados:
 Allí serán los fieros vendabales
 Por el soplo del austro disipados,
 Al mando de una Vírgen prodigiosa,
 Del pueblo indiano defension gloriosa.

X.

De par en par en todo tiempo abiertas
 Para todas las gentes afligidas
 Están del templo las doradas puertas,
 Y todas son allí bien recibidas:
 Todas están seguras, todas ciertas
 Del favor celestial, y agradecidas
 Entonan de regreso á sus hogares
 Himnos alegres, métricos cantares.

XI.

Diciendo así, de su primer estado
 Recobró la actitud, y se estasiaba,
 Tiernamente su pecho acariciado
 Con el bello ideal que recordaba;
 Ya al parecer habia desechado
 Todo temor de engaño, y esperaba
 Sin inquietud, armado de paciencia,
 Del Cielo en la adorable Providencia.

XII.

Un profundo silencio sucedia
 Que del reloj la péndula oscilante
 Con monótono son interrumpia,
 Siguiendo al tiempo instante por instante:
 En situacion tan grave sorprendia
 Al buen pastor la duda vacilante;
 Mas estaba en su acuerdo decidido
 Y de un poder oculto sostenido.

XIII.

Incrédulos en tanto disputaban
 Los familiares suyos, repitiendo
 Los hechizos que al neófito imputaban,
 Y otros mil que de paso iban urdiendo:
 Del mismo su prelado murmuraban,
 La piadosa conducta reprimiendo:
 Sigue en su error, decian, no es extraño
 Que el sabio precie de su propio engaño.

XIV.

¡Indio fatal! De todos se ha burlado
 Al parecer con bellos sentimientos;
 Mas ¿dónde está? ¿qué se hace ese malvado?
 ¿Vendrá tal vez con nuevos fingimientos?
 Sabe bien, y por eso se ha ocultado,
 Que descubierto el hilo de sus cuentos,
 Otro arbitrio, ninguno mas le queda
 Que evadirse al castigo como pueda.

XV.

Las cosas que nosotros presenciamos
 Por cierto horribles y espantosas fueron;
 Nosotros tristemente las palpamos
 Y en gran cuidado y susto nos pusieron:
 El estruendo y los ayes que escuchamos
 Por toda aquella sierra se estendieron,
 Y al soplo de los cierzos bramadores
 Se aumentaban del pecho los temores.

XVI.

Podrá ser ilusion, es muy posible,
 Que todos de ese achaque adolecemos;
 Mas es tan claro el hecho y tan terrible,
 Que dudar un instante no podemos:
 La ilusion pasa luego, por sensible
 Que sea el pecho humano; empero vemos
 Que esa historia fatal de monstruos llena
 Dura en nosotros y nos causa pena.

XVII.

Dificil es que pueda sincerarse
 De su conducta aleve y fementida;
 ¿Pero cómo volver á presentarse
 Sin traer al caso la señal pedida?
 Y ¡qué! ¿puede el prelado asegurarse
 De una verdad que le es desconocida?
 Nosotros discurrimos al contrario,
 Y no es error ni es juicio temerario.

XVIII.

No acabaran de hablar; continuamente
 Repetían sus miedos, sus terrores,
 Siempre á su vista hallábase presente
 La montaña fatal y sus horrores:
 Tachaban al prelado de imprudente
 Y pintaban á Juan de mil colores;
 Ninguna reflexion los disuadia
 De lo que cada cual se presumia.

XIX.

Así iban su discurso prosiguiendo
 Del modo como habian comenzado,
 Cuando fué de improviso apareciendo
 De la Reina del Cielo el encargado:
 Rodeáronlo al momento, pretendiendo
 Cada cual vivamente por su lado
 Arrancarle el secreto de su viage,
 No con buena razon, no sin ultrage.

XX.

¿Traes, le decían, otra nueva estraña,
 Peregrina, como antes la fingiste?
 ¿Con qué artificio allá por la montaña
 Tan repentinamente te escondiste?
 Todo eres tú un enredo, una maraña
 De cuentos, de visiones que no viste. . . .
 —No, señor, yo la ví, nada es fingido,
 Si no es que la verdad haya mentido.

XXI.

Yo he visto una beldad que igual no tiene
 Ni semejanza alguna en lo criado;
 Todas las gracias del Señor contiene
 En sí misma, que Dios se las ha dado;
 ¿Y á tal Señora, que del Cielo viene
 Para bien de este pueblo, á su mandado,
 Menospreciando tan dichosa suerte,
 Le diria, no quiero obedecerte?